

## El tesoro de la Anduriña<sup>1</sup>

Cuando salí de casa ya sabía que era un disparate. Vamos, una estupidez con mayúsculas. Llevaba la pata de pollo guardada en mi mochila como quien carga con una vergüenza escondida. Bajé las escaleras pero no me dirigí directamente al puerto sino subí la calle Real hasta la Colegiata. Quizá esperaba encontrarme con alguien que me disuadiera de mi propósito o que se ofreciera acompañarme. Pero claro, entonces no hubiera cumplido la promesa y de algún modo que no sabría explicar ni a mi misma sentía una necesidad absoluta de cumplirla. En contra la costumbre no encontré ni una sola cara conocida aunque las calles estaban bastante frecuentadas; el buen tiempo animaba a la gente a salir de sus casas, los bares empezaron a poner mesas fuera y los turistas llenaron el casco viejo con acentos extranjeros y atuendos pintorescos. Sin duda había llegado un Transatlántico al puerto.

Yo estaba poco atenta al panorama; demasiado ocupada me tenía mi película interior que desde hace semanas no dejaba mi alma en paz. Una y otra vez vivía las escenas de aquella habitación en el hospital Povisa, mi padre ingresado por tercera vez este año y los médicos sin darme la menor esperanza. Las secuencias se repetían en orden distorsionado; algunas se iban difuminando en mi cerebro mientras que otras quedaban tan agudas que me seguían cortando la respiración.

---

<sup>1</sup> Golondrina

- Tes que voar coa Anduriña -<sup>2</sup> me había dicho mi padre y me había cogido del brazo con una fuerza sorprendente para un moribundo. A Anduriña era el nombre de su barco pero volar era exagerar mucho las cualidades de este bote viejo mal mantenido. Logré soltarme de su puño endurecido y me sentía molesta conmigo misma porque incluso muriendo era capaz de asustarme.

- Tes que ir ao polbo coa Anduriña -<sup>3</sup> había repetido mi padre ahora recostado en la almohada blanca que no le pegaba nada pero con una insistencia que se intensificó todavía más por hablarme en gallego. Yo solía hablar gallego con mi madre pero nunca con mi padre. No sabía a qué venía eso ahora y no quería seguirle el juego como si en las últimas horas quisiéramos entablar una confianza y una intimidad que nunca había existido entre nosotros.

- Sabes que a mí el pulpo no me hace gracia - le había respondido en castellano y con cierta amargura añadí: - A quien le gustaba el pulpo era a Mamá pero pocas veces se lo has traído. No sé por qué me insistes ahora tanto. -

- Xa sei que estás enfadada conmigo -<sup>4</sup> había dicho mi padre con voz ronca tornando los ojos hacia el cielo blanco de la habitación hospitalaria. Suponía que más cerca a pedirme perdón no llegaría nunca.

---

<sup>2</sup> - Tienes que volar con la Anduriña -

<sup>3</sup> - Tienes que ir al pulpo con la Anduriña -

<sup>4</sup> - Ya sé que estás enfadada conmigo -

Así absorbida en mis recuerdos me detuve ante la Colegiata y me senté en las escaleras de piedra. Era la iglesia que había frecuentado mi madre y, aunque yo no creo en los curas, ocupa un lugar especial en mi corazón. Todavía estaba a tiempo de llamar a alguien para pedir consejo; hacia tanto que no iba a la mar, o por lo menos para avisar a una amiga que iba salir en barco aunque solo fuera por precaución. Pero hubiera sido necesario dar explicaciones.

- Tes que ir soa <sup>5</sup> otra vez la voz de mi padre en mi cabeza. No sé por qué había insistido tanto en el hecho de ir sola pero se había incorporado como pudo con sus últimas fuerzas y había tratado de agarrarme nuevamente, pero esta vez yo había sido más rápida y me escobillé.

- Tes que prometermo <sup>6</sup> - había exclamado mi padre con voz ahogada clavando su mirada febril y amarillenta en la mía. - ¡Prométemo! <sup>7</sup> - Y al final no pude negarme y se lo prometí. Prometí que iba sola con su barco a pescar pulpo.

¡Qué disparate! La verdad es que cuando se lo había prometido todavía había pensado que luego, una vez muerto él, podía hacer lo quería. Se lo prometí para que pudiera morir en paz. De hecho, tan pronto que le dí mi promesa cerró los ojos y ya no me habló más. Yo estuve dos días y dos noches a su lado, él ya estaba lejos, a veces pareció pronunciar alguna palabra que no logré entender, creo que nombró la Anduriña, pero sus ojos ya no me veían y su respiración producía ruidos extraños. Varias

---

<sup>5</sup> - Tienes que ir sola -

<sup>6</sup> - Tienes que prometérmelo -

<sup>7</sup> - Prométemelo -

veces le mojé los labios y le lavé la cara. Una cadena ininterrumpida de pensamientos e imágenes pasaba por mi cabeza durante estas largas horas. Pensaba en todos los malos ratos que nos había hecho pasar y en lo poco que le conocía realmente. Pero era mi padre y de un modo extraño sentía algo como cariño por él. Llegué a pensar que quizás él me quisiera ayudar y que consideraba que pescar era una forma de seguir adelante ahora que perdí el trabajo y que estoy tan mal. Llegué a creer que me quería proteger. Y en algún momento, poco antes de que expirara, me escuché decir muy bajito en gallego: - prométocho, Papá, prométocho. -<sup>8</sup> Entonces sabía que ya no me podía rajar.

Pero estando ante la Colegiata con una pata de pollo en mi mochila mis pensamientos fueron muy diferentes. La misericordia que había sentido en presencia de la muerte se había disipado por completo. Pensé en mi padre como en aquel hombre duro, bronco y hasta malvado que había ensombrecido mi infancia y me pregunté por qué quería mandarme sola a la mar si sabía que hacía muchísimo que no llevaba un barco, que nunca me había dejado ir sola y que no tenía licencia. ¿Era una prueba? ¡Pero si el ya no podía ver el resultado! ¿Me lo quería hacer pasar mal por un arrebató de perfidia? Siempre había sido un hombre con mucha retranca. Me acordé de su última mirada que no supe descifrar pero que transmitió tanta insistencia que incluso ahora me hizo levantar y bajar al puerto.

La Anduriña estaba donde siempre. Las olas chapoteaban suavemente por su costado y era obvio que necesitaba urgentemente una mano de

---

<sup>8</sup> - Te lo prometo -

pintura. Subí a bordo para retirar la lona. Todo estaba sucio, la cabina echaba un olor poco agradable. Controlé el gasoil, revisé los aparatos y eché un vistazo al motor. Pero estaba claro que mi padre lo había cuidado mejor que a su familia: arrancó sin problemas. Al salir del Náutico tenía las Islas Cíes justo enfrente. Dos monstruos prehistóricos semisumergidos que custodian la entrada a la ría y la ciudad. Su sugerente silueta que se perfilaba ante la inmensidad del Atlántico me devolvía la serenidad y la confianza. Parecían tan llenas de promesas y tesoros.

¡Un tesoro! Eso era lo que yo necesitaba en estos momentos que estaba sin un duro. La última deuda fueron los gastos para el funeral de mi padre y aunque me quitara la comida de la boca no sabía cómo pagar el alquiler. ¿Quién sabe? quizá fuera a pescar un tesoro en vez de un pulpo. La verdad, no me parecía mucho más difícil. ¿No dice la leyenda que la Ría de Vigo está llena de oro y no hay gente que todavía lo está buscando? Por primera vez esta mañana me reía para mis adentros y con mejor humor paré el motor cerca del faro frente al Museo del Mar. Aquí recordaba pescar con mi abuelo porque era él y no mi padre que me había transmitido todos los secretos de la pesca. El truco de atraer el cefalópodo con una pata de pollo también era de él y esperaba que siguiera funcionando.

No estaba sola. Había muchos barquitos pescando esta mañana tratando de sacar algún provecho de la mar. Estaba segura que mi padre como buen pescador había guardado todos los utensilios de pesca en el barco y me metí en la cabina buscando una araña y una línea con las que me

enseñó mi abuelo a pescar el pulpo. Toda la cabina estaba llena de cajas y bolsas. Removí todo pero no encontré nada para pescar. Sin embargo, en el fondo de todo había una caja de galletas como las que compraba mi madre cerrada de forma sencilla con un cordel viejo. ¿Qué podía guardar mi padre ahí? Abrí la caja y casi se me paró el corazón. Sabía que conocía poco a mi padre y que él estuvo mucho fuera pero jamás había hecho muchas preguntas. Me había parecido mejor no saber. Pero ahora sostenía en mi mano temblorosa una caja de galletas llena de fajos de billetes grandes. En este momento entendía por qué mi padre había insistido tanto en que iba sola al pulpo con la Anduriña; quería retarme para que encontrase su tesoro.

La verdad es que no sé lo que me puso más contenta: haber encontrado un dinero que necesitaba tanto o haber superado con éxito el último reto de mi padre.